

EL CASCABEL

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO--SE PUBLICA DOS VECES AL MES

SE SUSCRIBE REMITIENDO 30 RS. POR UN AÑO, 18 POR SEIS MESES, 10 POR TRES, UNO POR CADA NÚMERO SUELTO Y 16 POR CADA VEINTICINCO

A SU DIRECTOR-PROPIETARIO MANUEL JORRETO Y PANIAGUA.—MADRID, CALLE MAYOR, 123.

SUMARIO DEL NÚMERO 1024.

TEXTO: La Maldita vanidad, Carlos Frontaura.—La Liga de las doncellas, Ramon García Sanchez.—¡Vade retro! Félix Sarmentero.— Coleccion de tipos populares, José F. Sanmartin y Aguirre.—Ante San Juan de los Reyes, Ildefonso Ruiz Tapiador.—Un día de felicidad... en sueños, Francisco Vives y Mora.—Teatros.—Anuncios.

LA MALDITA VANIDAD.

(CONTINUACION).

—Sí, tia, una carta que prueba, como todas, su amor y su buen corazon. ¿Quiere V. leerla?...

—No tengo empeño.

—Yo sí quiero que la oiga V.

—Como quieras.

Magdalena leyó lo carta, que la marquesa oyó con atencion.

—¿Qué le parece á V.?...

—Sí, sí, me parece un buen muchacho tu Fernando, lo que se llama un buen muchacho; pero hay en esa carta algo que...

—¿Qué?... No puede ser más cariñosa.

—Sí, sí, muy cariñosa y no está mal puesta, no; pero tiene así como cierta intencion...

—¿Intencion de qué?...

—Parece una leccion.

—¿Una leccion?...

—Sí, hija, sí... todas las ideas que expresa son buenas y honradas, pero... en fin, ya te he dicho que tu prometido me parece un poco extravagante. Debe ser refractario á los usos y costumbres del gran mundo, del buen tono... un hombre de bien, eso no se lo niego, pero no un jóven brillante, distinguido, uno de esos jóvenes que se imponen á la sociedad, que asaltan los primeros puestos de la política, que son cuando quieren embajadores, ministros... Un jóven así hubiera querido tu madre para tí; muchas veces hablamos de ello.

Y Magdalena se quedaba pensativa después de oír á su tia la marquesa del Rosal. Vea el lector cuánto se habia aristocratizado Catalina Lopez.

El honrado alabardero que le dió el ser no habria conocido á su hija, si le hubiera permitido Dios resucitar para que tuviera el gusto de verla.

Y verdaderamente era singular que la que se crió en medio del pueblo, en una casa de vecindad de la calle de Amaniel, sin haber aprendido siquiera á leer, hubiese llegado luego á parecer una señora sumamente discreta é ilustrada, con razon considerada como una de las más distinguidas de Madrid.

Catalina Lopez hubiera sido una actriz eminentísima que, habria vuelto loco al ilustrado público.

V.

Donde el lector conoce á unas señoras.

Causó en Madrid gran sensacion la repentina muerte de D. Melchor; pero mayor la produjo la noticia de que D. Melchor no tenia una peseta suya.

Todo el mundo compadeció al pobre hombre en su muerte; pero luego que se supo que habia muerto completamente tronado, entonces todo el mundo se volvió contra él, y los mismos que le ensalzaban cuando vivo y cuando muerto, mientras le creyeron millonario, le deprimieron é insultaron no bien supieron el chasco que les habia dado.

Durante muchos dias no se habló de otra cosa en Madrid que de D. Melchor.

Esta sociedad, entusiasta del Exito, es implacable con los mismos á quienes ha sublimado, cuando los ve caidos y maltrechos.

Decíase que D. Melchor habia derrochado su fortuna y la ajena sosteniendo con todo lujo mujeres aventureras, y hasta señalaban los

MADRID 15 DE SETIEMBRE DE 1877. AÑO XVI. NÚM. 1024.

maldicientes á las que suponían que habían sido odaliscas de aquel sultán.

Asegurábase que su muerte no había sido producida por enfermedad, sino que en su propia casa habíasela dado un padre de familia arruinado por el terrible banquero, y otros decían que D. Melchor se había suicidado al saber que iba á ser conducido al Saladero.

Contábase el gran número de familias que habían quedado arruinadas por su culpa, y con la mayor desfachatez aseguraba que le había cogido mil dudos D. Melchor, el que no los habría visto en toda su vida.

Por supuesto, se le acusaba de haber hecho negocios súcios con los gobiernos, de haber comprado, sin pagarlos, no sé cuántos bienes nacionales, de haber tenido á su cargo muchas contratas de servicios públicos con grave daño de los intereses del Estado.

En fin, á dar crédito á los detractores de D. Melchor, que no eran otros que sus antiguos aduladores, el desventurado padre de Magdalena había sido más ladrón que Caco, y era de oír con qué elocuencia encarecían la moralidad, la probidad y la honradez los mismos que eran capaces de hacer las mayores picardías del mundo, y que acaso debieron grandes favores á D. Melchor, hombre pródigo y generoso en extremo.

D. Melchor no merecía, en verdad, que la calumnia se cebase en él después de su muerte, porque no había arruinado á nadie, ni había tenido vicios, ni había ofendido á ninguno de los que le quitaban el pellejo.

El pobre hombre únicamente había arruinado á su hija.

Las mujeres aparentaron sentir la desgracia que pesaba sobre esta; pero la consideración de que la suerte les había librado de una rival poderosa, que parecía invencible, no dejaba de halagar á las damas y damiseles del gran mundo.

Ya no sería Magdalena la que más lujo ostentase en su tren en la Castellana; ya no sería ella la que en su palco del Real atrajese todas las miradas, preocupando lo mismo á los jóvenes á la moda que á los hombres políticos, que á los más encopetados personajes de la

aristocracia; ya no sería la reina de los salones y de la moda; ya no se oíría, como antes, en todas partes, cantar alabanzas y loores de la hermosa, de la riquísima, de la incomparable Magdalena.

La vanidad de las damas y damiselas del gran mundo se enorgullecía de aquel triunfo sobre la vanidad de Magdalena.

¡Cómo si su vanidad no estuviera también expuesta á todo género de contingencias y eventualidades; como si pudiera haber en el mundo persona alguna libre de los caprichos de la suerte; como si hubiera en esta miserable vida humana algo que no sea frágil y perecedero!

Magdalena recibía muchas visitas en casa de la marquesa del Rosal; sus amigas iban, hipócritas, á manifestarle sus simpatías y prodigarle sus consuelos; en realidad iban á ver qué figura hacía la triste abandonada de la fortuna, la reina destronada y vencida por el infortunio.

Y Magdalena, en lugar de manifestar noble entereza, calma, tranquilidad en aquella situación, aparecía apenada, triste, inconsolable, y dejaba ver claramente qué profunda herida había hecho en su alma la pérdida de sus galas y qué arraigada estaba en ella la funesta pasión de la vanidad.

Nadie le hablaba de su pobre padre, nadie de su amorosa madre; todos le hablaban del lujo, de las reuniones, de las fiestas aristocráticas, de las bodas que se concertaban ó se verificaban en la alta sociedad; de todo aquello que no le importaba, que no le debía importar á Magdalena.

Los jueves á primera hora de la noche se reunían en casa de la marquesa del Rosal las amigas de esta.

Allí concurría la de la Azucena, señora muy rica, americana, y muy fea, con su hija, que también era bastante fea, sin poderlo remediar, y, aunque tenía un lujo escandaloso, no podía conseguir parecer menos fea de lo que era; esta niña de diez y ocho años tenía el alma fea también, como que la envidia se había apoderado de ella, y no podía perdonar á Magdalena la hermosura. Otras de las favorecedoras de la casa *solariega* de Catalina Lopez era la

vizcondesa del Tronco, una gran señora, alta, seca, mal encarada, gran política, absolutista, intransigente, cuyo bello ideal era ver ahorcar, ó saber que cada día era ahorcado algun pechero, fanática admiradora de la Inquisición, cuya benéfica institución echaba de menos; siempre seria, siempre grave, siempre á la altura de sus circunstancias.

Acaso el lector extrañe que dama tan linajuda fuese amiga de una Catalina Lopez, aristócrata de ocasión; pero esto se explica, porque la del Rosal habia tenido el talento de hacerse simpática á la noble y poderosa señora, manifestando completa conformidad con las rancias ideas que la distinguían; y como esta conformidad de ideas solamente la hallaba en Catalina, no era extraño que la creyera por todo extremo digna de su amistad. Además, la marquesa del Rosal habia manifestado á su nobilísima y empingorotada amiga que tenia sus sospechas de que en su nacimiento habia habido algun misterio, y este misterio podia ser que fuera ella hija de personas de elevado rango, y que el alabardero y la planchadora hubiesen sido sus padres fingidos, no más. La del Tronco, que era en extremo aficionada á estas historias, habia pensado mucho en la que le refirió la del Rosal, y las conjeturas de esta eran para ella completa realidad.

¿Quién sabe, pensaba la espetada señorona, si Catalina será hija de nuestro amado difunto rey?... Los reyes tienen tambien sus pasiones, y mil ejemplos hay en la historia... Y eso de que el padre aparente de mi amiga haya sido un alabardero, es un indicio vehementísimo. Acaso el alabardero, estando una noche de guardia, inmóvil como una estatua, velando por sus reyes, recibiría ese precioso depósito... Ello es que es imposible que una mujer de su talento, de sus elevadas ideas, de sus nobles impulsos sea hija de un pobre soldado. Por sus venas no circula sangre plebeya, y esto lo conozco en la impresión que me causa su presencia, en el encanto que encuentro en sus palabras, en la dignidad que resplandece en su fisonomía, en su noble ademán, en sus ideas impropias de un ser nacido en medio del pueblo, ó mejor dicho, del populacho.

Para Catalina habia sido una buena fortuna lograr el afecto de la del Tronco, porque cuando las demás grandes señoras vieron que aquella la estimaba y la distinguía tanto, creyeron que ellas tambien podían estimarla y distinguirla, porque en punto á elegir amistades, la vizcondesa era severísima, como en todo, y no concedía la suya más que á personas bajo todos conceptos irreprochables.

La condesa del Fresno era tambien muy amiga de la marquesa del Rosal, y no faltaba ningun juéves á pasar las dos horitas de reunión en la casa de la calle de Segovia.

Estaba separada de su marido, que pasaba en París la mayor parte del año, y entretenía la buena señora sus ócios averiguando vidas ajenas, haciendo visitas, y hablando pestes de su marido, que en efecto, no era un modelo de fidelidad conyugal.

CÁRLOS FRONTAURA.

(Se continuará.)

* * *

LA LIGA DE LAS SOLTERAS.

(Cuento fantástico.)

(Conclusion.)

IV.

Como era consiguiente y como habian presumido las *conspiradoras*, á los pocos días de celebrada aquella misteriosa reunión fué *copada* la hermosa Azucena; pero como esta encantadora amazona estaba ya preparada para tan brusca acometida, no la causó sorpresa alguna y se dejó conducir fácilmente con gran satisfacción de sus *secuestradores*, que como puede suponerse, no eran otros que los criados del dueño del castillo, los cuales iban diciendo para su capote:

—«Al menos este, ni se desmaya, ni nos arrima pescozones;»—lo cual queria decir que algunas veces les habia sucedido una cosa y otra en idénticos casos.

Llegaron á una especie de trinchera que habia formado la misma naturaleza en derredor del castillo; pasaron un puente levadizo,

atravesaron un anchuroso patio, en donde piafaban libremente dos hermosos corceles, y llegaron por fin á una especie de zaguan, á cuya puerta aguardaba un viejo achacoso, medianamente vestido y que más bien parecía un prestamista de nuestros buenos tiempos.

Azucena le miró con cierta curiosidad mezclada de espanto, el cual subió de punto cuando le oyó decir—«Magnífica presa, este es un mozo que me gusta; ea, subidle á su aposento y preparadle para la noche de bodas.»

Al oír aquellas palabras, la jóven se estremeció y una ligera palidez cubrió su rostro; pero repuesta bien pronto del susto, siguió sin vacilacion á sus guías, los cuales, despues de subir algunas escaleras y atravesar no pocos corredores, la dejaron en un gabinete rico y caprichosamente alhajado, propio más bien de un príncipe de sangre real, ó de una riquísima desposada la noche de sus bodas.

—Vamos á traeros vuestras ropas; la dijo uno de aquellos rudos criados con voz lúgubre y cavernosa;—quitaos, pues, los que traeis, porque de hoy en adelante habeis de vestir de otro modo; dentro de un instante estaremos aquí y os ayudaremos á arreglaros. Somos vuestros ayudas de cámara.»

Pueden figurarse mis lectores cuál seria la situacion de la pobre Azucena al oír aquellas palabras. Su pudor angelical se revelaba contra semejante prueba y no habia más remedio que obedecer: iba pues á descubrirse antes de tiempo su *usurpacion de estado*, y necesariamente el código de aquel castillo habia de castigar severamente un delito de tal índole. Sin embargo, debo decir en honor de Azucena que, á pesar de que lloró mucho y padeció horribles angustias en pocos momentos, no se arrepintió de haber acometido tan grande como arriesgada empresa; acaso fuera porque ya no habia remedio.

Volvieron los criados, presentáronla sus nuevas ropas que eran de finísima seda y preciosos encajes, y Azucena se dió tal maña que pudo lograr de aquellos testigos de vista, que la dejasen vestir sola en un aposento inme-

diato. Como logró esto, que para ella era de tanta importancia, no he podido averiguarlo; solo sé que las mujeres saben mucho y que hacen lo que quieren de los hombres.

Cuando Azucena se miró al espejo, pues en aquella sala habia una magnífica luna de Venecia, estaba encantadora: no he visto el figurin de su traje, y por eso no puedo detallarlo, pero me asegura la imaginacion que era lo más bello que puede idearse y que de él copió despues sus famosos pajes el caprichoso monarca Luis XIV.

Azucena pasó sola el resto del dia, almorzó en aquel mismo gabinete y no volvió á ver al viejo que la habia recibido y que tan mala impresion la causara, lo cual no dejó de extrañarla en extremo. Pero llegó la noche, y cuando más embebida se hallaba en sus meditaciones, abrióse la puerta y apareció en su dintel la gallarda y arrogante figura de una jóven, cuya hermosura deslumbrara al sol, si el sol hubiera sido capaz de verla: y sin decir una palabra, pero guardando con Azucena las mayores consideraciones, cogióla de una mano y la llevó, atravesando ricos salones é iluminadas galerías, á una estancia maravillosa, en la que nada faltaba de cuanto se veia en los suntuosos palacios fabricados al vuelo por la brillante fantasía de Seberhesarda.

Al llegar á aquel paraíso, la jóven se retiró despues de haberla hecho un gracioso saludó, y cuando iba á preguntarse qué significaba desaparicion tan repentina, vió á otra jóven, mucho más hermosa aún, que recostada negligentemente en un divan de raso blanco, la contemplaba con extraordinaria curiosidad.

V.

La misteriosa dama hizo la seña de que se sentase á su lado, y con voz dulce y melodiosa tanto como las armonías del rey profeta, la dijo:

—Por Dios que tan gentil y hermoso caballero, no ha pisado jamás esta estancia.

Azucena con aire desenvuelto, contestó admirablemente á tan agradable lisonja; empezaba á comprender su situacion y representaba su papel á las mil maravillas. La encantadora

jóven, verdadera sirena de aquel palacio, la prodigó aún nuevas frases á cual más lisonjeras y concluyó por decirla con todo el fuego de una pasión ardiente que no podía ser fingida:

—¡Oh, noble jóven! ¡Yo te amo... júrame el mismo amor y seremos eternamente felices!

—¿Si habrá dicho siempre lo mismo—murmuró para su capote la atrevida Azucena—á cuantos primero que yo han pisado esta alfombra?

Aquella interpretando á su favor el silencio de Azucena, descargó un sin fin de preguntas sobre el fingido mancebo, á las que éste contestó con encantadora sencillez que acabó por trastornar el juicio de la impresionable dama. Esta hizo que las sirvieran un cena exquisita, en la que no se echaba de menos ninguno de los manjares del mejor banquete de Lhardy, y al final ofreció á Azucena, con la mayor coquetería, una copa de fino cristal de Bohemia, que contenía un líquido de color de oro.

—Brindemos á nuestro amor y á nuestra felicidad—exclamó con cierta exaltación extraña la desconocida jóven.

—Aquí es ella—se dijo la heroína—este licor es la ponzoña preparada que ha de encantarme ó dormirme hasta *in eternum* para ser víctima de los caprichos de esta niña ó del astuto viejo.

E hizo que la aproximaba á sus labios, pero en el mismo instante, sintió las ardorosas manos de la bella dama que arrancándola violentamente la copa y como si hubiera tenido que hacer un grande esfuerzo la decía:

—¡Nó, nó bebais... os quiero para mí sola... porque os amo!... venid, venid, os explicaré este misterio y entreguémonos á los goces de nuestro puro amor.

La situación iba, pues, siendo un poco delicada para Azucena.

Pasaron á un pequeño gabinetito que inmediato había, impregnado de olorosos aromas y cuya media luz, á causa de la opaca lámpara que la despedía, prestábase cierto indescriptible encanto. Una vez allí, la misteriosa dama declaró á Azucena que se había enamorado locamente de ella, porque no acos-

tumbrada á ver más que hombres del campo y groseros rufianes, su gallardía habíala prendado de tal modo, que estaba resuelta á hacer cualquier sacrificio que de ella exigiera.

—No creas—añadió—que he amado á ningún hombre; todos cuantos aquí han llegado sólo han oído un momento frases amorosas que los enloquecían; pero que no más pronunciaban mis labios para adormecerlos hasta que bebían ese licor que á tí te ofrecí, dominada por las severas órdenes de mi padre, del cual te ha librado el amor que has sabido inspirarme.

Sí, porque has de saber que mi padre se ha empeñado en vivir no sé cuantos años; ha consultado las ciencias ocultas, y viejos pergaminos le han dicho que solo la sangre humana podía darle nuevamente una vida que le iba arrancando la edad. Por eso hacia robar á muchos jóvenes, y una vez que los tenía adormecidos por ese maldito brebaje que yo había de propinarles, les chupaba la sangre, haciéndoles una pequeña cisura en cualquier parte del cuerpo, y los dejaba á los pocos días como cadáveres.

—De modo que esos hombres...—se atrevió á interrumpirla Azucena.

—Viven, pero encantados, sin darse cuenta de su situación ni de lo que les sucede.

Una idea repentina cruzó por la imaginación de la disfrazada muchacha y con la mayor candidez preguntó:

—De modo que en el instante en que quisiérais podriais dar á esos hombres nueva vida?

—Así es, pues yo sola poseo el secreto de su encantamiento.

—Pues bien, ¿quereis que os ame, que mi corazón sea vuestro eternamente?

—¡Oh! sí, sí...

—Devolved la vida á esos pobres seres que ningún daño os han hecho y exigidme despues cuanto querais.

La jóven vaciló un momento, pero la pasión amorosa que de ella se había apoderado concluyó por vencer su repugnancia, y levantándose con aire resuelto, «se—la dijo—que hago una traición á mi padre, pero arrostraré su maldición con tal de poseer vuestro cariño,

seguidme.» Y las dos abandonaron aquella estancia, haciéndose mútuas y cariñosas protextas.

VI.

Nuestros lectores pueden figurarse lo que sucedería desde el instante en que vueltas á la vida todas las víctimas del caballero feudal, por arte de *birli birloque*, se encontraron á las órdenes de la hermosa Azucena. Esta, una vez al frente de tan poderoso regimiento, enarboló el estandarte de insurrección, y bien pronto desaparecieron los torreones y almenas, troneras, patios y puentes levadizos de aquella orgullosa fortaleza, que había desafiado al tiempo largos siglos, cayendo piedra sobre piedra, bajo el golpe potente y destructor de la piqueta revolucionaria.

Inútil es decir que el viejo feudal pasó á mejor vida á causa del susto, que la aldea acogió con repique de campanas, cohetes y otros despilfarros á la vencedora Azucena, y que la misteriosa dama recibió un desengaño mayúsculo cuando supo quién era el ídolo de su corazón; sin embargo, ya que no pudo de otro modo, vivió como una hermana al lado de Azucena.

Por lo que hace á las muchachas de la aldea, inútil es decir cómo se pondrían el cuerpo de broma y bailoteo, cuando llegaron á convencerse de que ya no morirían solteras.

RAMON GARCÍA SANCHEZ.

* * *

¡VADE RETRO!

—
EPÍSTOLA.

¿Conque es cierto, Sindulfo, que en la córte,
En esa babilonia, pasas ratos
Que te causan dulcísimo trasporte?

¿Conque conoces varios literatos,
Y pretendes que versos he de hacerte
Volviendo con Apolo á andar en tratos?...

Voy, pues, querido primo, á complacerte,
Mandándote una epístola en tercetos
Que harán de mi rudeza convencerte.

Léelos para tí, y estos secretos

No reveles, por Dios, á esos autores
Que cuentas que los hacen muy corretos.

Tú sabes que canté cuando hube amores;
(¿A qué imberbe mortal amor no inspira?)
Y crees que por eso hago primores.

Quien piense de tal modo es que delira,
Porque armoniza mal, aunque haya vena,
Quien sin arte y compás pulsa la lira:

Que abandone mi agrícola faena
Me dices, y esta aldea silenciosa
Cuyo tranquilo aspecto te da pena.

Y que deje esta vida fastidiosa
Y que vuele á la córte, donde el vate
Disfruta una existencia venturosa...

Perdona que censure el disparate
Que tu ciego cariño me propone
Haciéndote pensar como un orate.

¡Qué estos campos y aldea yo abandone!
Qué lauros y coronas ahí me esperan...
¿Yo poeta otra vez? ¡Dios me perdone!

Estos en otro tiempo sueños eran
Que á mi aturdida mente despertaron
Y en insomnio perenne me tuvieron;
Pero aquellos delirios se curaron
Y realidades mil me convencieron
De que durmieron mal los que soñaron.

Dime si nó, ¿qué premios obtuvieron
De aquellas egoistas sociedades?
La hiel que en el olvido consumieron.

Pues como aquellas son estas edades,
Que el mundo fué y será siempre lo mismo
Y la historia me enseña estas verdades.

Cierto que el literario fanatismo
Sus nombres escribió con letras de oro
Después, en galardón de su ostracismo.

¿Pero qué vale al muerto ese tesoro
De gloria mundanal tan ponderado
Y del que no me río por decoro?

Si algún provecho tiene ese bocado
De agradable sabor que llaman fama,
Disfrútale á mi ver el que ha quedado,

Oigo que tu razón contra mí clama
Diciéndome tal vez «positivista
El mezquino interés tu pecho ama.»

Siento que hayas tan mal golpe de vista
Y que por estas líneas aún no entiendas
Que ni á sábio llegué, ni nació artista:

Más finjamos que me ornan tales prendas,

¿Seré un egoísta é interesado
Si del público espero las ofrendas?

¿Por qué ha de verse el bardo condenado,
A hacer una existencia miserable
Y á no vivir de su trabajo honrado?

El galante escritor que así no hable
No dice lo que siente en sus sermones,
Aunque al vulgo su charla sea agradable.

Ahora bien; con mis áridas razones
Y este modo de ser que Dios me ha dado
¿Qué abandone mi aldea aún te propones?

¿Qué haría yo en Madrid con este enfado
Que me hace ver las cosas de otro modo
Del que la sociedad las ha apreciado?

Los cuerdos, si ahí los hay, algun apodo
Contra mí lanzarian descompuestos
Y los locos, llamaránme beodo.

Hay además en esa pocos puestos
Y tantos hay poetas, que no quedan
Del festin de la fama apenas restos.

Los que en cuatro minutos forjar puedan
Una oda á un incendio, ó á un bandido
De la córte á los usos es bien cedan

El gusto es partidario hoy decidido
De lo de actualidad, y hay que hacer copla
Al *suceso* en el día *sucedido*.

Y tan fuerte la musa no me sopla
(Lo vulgar de la frase me dispensa)
Como á esos trovadores les resopla

¡Que dé mis producciones á la prensa!...
He debido, Sindulfo, tu consejo
Tomar como un insulto y grave ofensa.

Suponiendo que tengo algun gracejo,
Me invitas á un banquete de ilusiones
Cuando estoy empezando á hacerme viejo?

Ni yo sabría hacer bellas canciones,
Ni tampoco te creo á tí un Mecenaz
Dapaz de proteger unos renglones...

Déjame, pues, aquí, con mis faenas:
En la vida del campo estoy sintiendo
Alivio grande á mis pasadas penas.

Que soy un ganapan no estes creyendo:
Gozo de libertad y en ningun hora
Permanece mi espíritu durmiendo.

Del gallo oigo la voz despertadora;
Y el cántico primer á la alborada
Escucho de la alondra atronadora:

Y la aurora de frente nacarada,

En alas del suave cefirillo,
Cien ósculos me envia delicada.

Veo desperezarse el corderillo
Y del naciente sol al primer rayo
Contemplo al matizado gilguerillo:

Contesto á la oracion que entona el payo
Si clama el cimbalillo de la ermita
Do reside la Sacra Hada de Mayo.

Y cuando el sol su lumbre precipita
Sobre el haz de la tierra, el soto umbrío
Alcázar de verdor me facilita.

Y, sobre el césped, rey, á mi albedrío,
La fuente, el arroyuelo, los rosales,
La tórtola, las áuras, *todo es mio*...

Disfruto las sonrisas naturales
De estas bellas, sencillas aldeanas
Que no entienden de afeites desleales:

Asisto á su corrillo en las solanas;
Tomo parte en su vela, que el anciano
Preside por el timbre de sus canas:

Nuestra historia nos narra el veterano
Con entusiasmo pátrio, y sus proezas
Con firme voz, si temblorosa mano:

Y si nubla mi sien, de mis tristezas
Pasadas el recuerdo, le hago espanto
Componiendo como ahora unas simplezas.

En mis vigiliassolitario canto
Y yo sólo me escucho mis cantares
Y á mí sólo divierto y causo encanto.

Ya describo la furia de los mares,
Que sorben rayos cuando eruta truenos
La cruda tempestad que amaga azares:

Ya el estro me trasporta á los amenos
Vergeles de la dama caprichosa,
Que inventa goces cuantos siente menos:

Ya en la mansion penetro pavorosa
De los muertos, y al mundo que ahora existe
Contempla allí mi mente fatigosa:

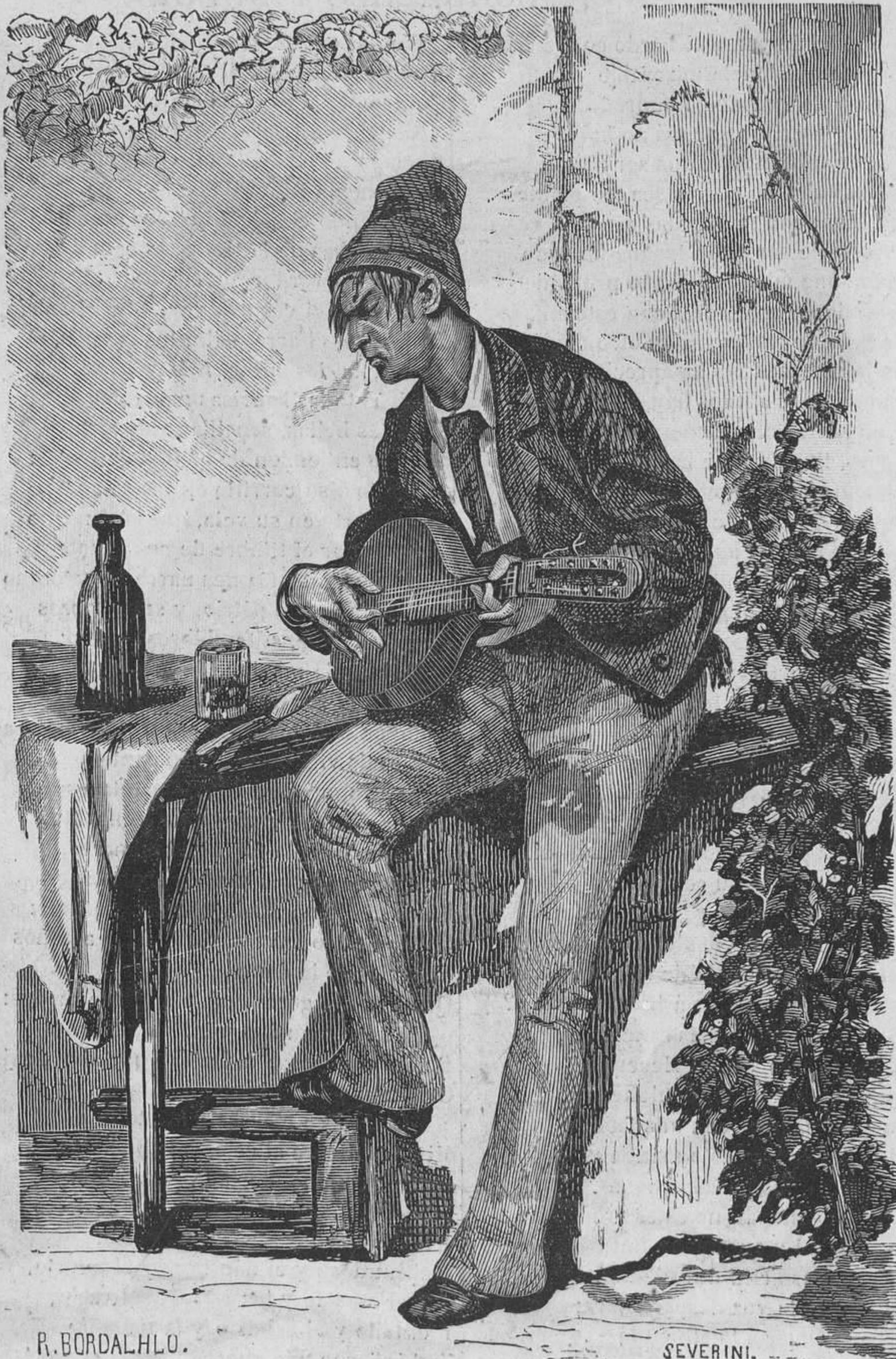
Ya religiosa elévase y asiste
Mi alma alegre al celestial concierto
Do se goza una gloria que persiste:

Y el monte y la llanura y el desierto
Y la nieve y los hielos y el rocío,
Y el huracan y el náufrago y el puerto,

Y el espacio y los ástros y el vacío,
Y el tallo y el arbusto y la palmera,
Y el infierno y la guerra... *¡todo es mio!*

De la noche la brisa placentera

TIPOS DE LISBOA



R. BORDALHO.

SEVERINI.

O FADISTA.

POR BORDALHO PINHEIRO.



R. BORDALHO.

SEVERINI.

A OVARINA.

Me acaricia entre tanto, y me reclino
En brazos de Morfeo, que me espera.

Este es, querido primo, mi destino,
Y aunque gusto, es verdad, la gaya ciencia
Crear que soy poeta es desatino.

Nadie mejor que yo mi suficiencia
Conoce, ni Dios me hizo tan soberbio
Que no sepa medir mi inteligencia.

Sé que conocerás hombres de nervio
Porque lo dicen ellos; pero acaso
No sepan entender lo que es adverbio.

Como hoy se escribe todo, á cada paso
Suélese oír llamar ilustres vates
A muchos que no sirven para el caso...

Hay de sobra quien teja disparates;
Y en el campo de Apolo no penetro
A fin de no volver á mis dislates.

Piensen otros en sílabas y en metro,
Y en odas y en romances y en quintillas:
¿Para qué he de salir de mis casillas?

—*Vade retro, Sindulfo, vade retro.*

FÉLIX SARMENTERO.

* * *

COLECCION DE TIPOS POPULARES.

EL COCO.

No es un juicio temerario,
O yo mucho me equivoco,
El asegurar que el *Coco*
Es un ente imaginario.

Desde antes de Jesucristo
Todos hablan de este tuno;
Pero hasta ahora, ninguno
Puede decir que le ha visto.

No se sabe este *tipejo*,
Cómo ni cuándo nació,
Pero os aseguro yo
Que no morirá... de viejo.

Y, siendo el *Coco* ideal,
Darme una razon no puedo
De cómo infunde tal miedo
En la mente de un mortal.

Llora, cayéndole el moco,
Un muchacho, y su niñera
Le dice de esta manera:

—«¡Si no callas, llamo al *Coco!*»

—«¡El *Coco!* ¡Jesús María!...»

Exclama el niño lloron;
Y pasándole el zofion,
No dice esta boca es mia.

Sin que un instante sosiegue,
Vive un esposo aburrido
Recelando que á un descuido
Su *costilla* se la pegue.

Y á todo prójimo acosa
Sin temor al *qué dirán*,
Pues vé en todo hijo de Adan
Un amante de su esposa.

Pasando tantos desvelos,
Es de creer que este loco
Teme al *Coco*, pero al *Coco*
Que forjan sus propios celos.

Ladra en Madrid cualquier perro,
Y el gobierno, muy formal,
Estrecha la capital
Con un círculo de hierro.

Patrullas vienen y van
Por la villa, que, desierta,
No oye otra voz que el «alerta»
Que los centinelas dan.

Y como es de suponer,
En tanto, el vecino honrado,
Tiembra en su casa azorado;
Diciendo:—«¡Madrid va á arder!»

En vano su mente fosca
Se imagina mil detalles
De lo que ocurre en las calles,
Donde no se oye una mosca.

Pasa todo al poco rato;
Y sabe, al dejar su encierro,
Que sólo fué causa un perro
Del militar aparato.

Entonces, con presuncion,
En graves alocuciones,
Te dirige estos renglones
El gobierno á la nacion:

—«He salvado con mi arrojo
De la anarquía al país:
Ha estado sólo en un tris
Que triunfara el bando *rojo*.

Procuraré á todas horas
El orden asegurar:
Pueden en mí confiar
Las clases conservadoras.»

Y con el *Coco* ideal
De la anarquía, se observa
Que el gobierno audaz, *conserva*
Su vida ministerial.

Sobreviene una pendencia
Sobre-vino ó sobre-ron,
Y con mucho *sans fason,*
Pronto *La Correspondencia,*
El caso á su gusto abulta,
Sin echar en saco roto
Que tan extraño alboroto
Se debió á la *mano oculta.*

Tal acusacion, pardiez,
Sobre la vil reaccion lanza...
(Y aquí tenemos en danza
Al pobre *Coco* otra vez.)

* * *

Bajo otra faz presentar
Al *Coco*, tambien pudiera;
Pero si hiciera tal, fuera
El cuento de no acabar.

Hijo de la fantasía,
En el siglo del vapor
Se va perdiendo el temor
Que al *Coco* se le tenia.

—

Post-data: No será en vano
Advertir que, aunque tampoco
Me causa pavor el *Coco*,
Me gusta... el *americano.*

JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

* * *

ANTE SAN JUAN DE LOS REYES.

IMPROVISACION AL PRESIDENTE DE LA DIPUTACION
PROVINCIAL DE TOLEDO.

I.

Lleno de admiracion, lleno de orgullo,
yo te saludo, creacion del arte,
del Tajo adormecida al dulce arrullo:
precioso baluarte,
maravilla sin par, yo te venero
y uno mi voz á la que el mundo entero
te eleva sin cesar, al contemplarte.
Ricas molduras que escuchais mi canto,

cláustros, estátuas, góticos adornos,
bóvedas que apagais el himno santo,
preciosa filigrana,
artísticos contornos;
que bordais el purísimo celaje
de la hermosa mañana,
con caprichoso encaje;
¿qué de vosotros es, qué vuestra gloria?
Crece la trepadora en vuestras grietas,
como monton de escoria
os lleva el huracan entre sus giros;
á la sombra que dan vuestras siluetas
los insectos anidan,
vuestros timbres se olvidan
y se pierde, cual débiles suspiros
vuestro rico tesoro,
que debiera guardar fanal de oro!
Os queda sólo ya la débil nube
del incienso bendito que os aroma
ó la plegaria santa
que del altar hasta el Eterno sube
como limpia paloma
cuyo vuelo en el monte se levanta.
Sólo los dulces écos
del órgano sagrado que repiten
del aire azul los invisibles flecos,
mas ¡ay! quizás mañana
romperá sus crespones la tormenta,
el trueno zumbará por el espacio,
rodará de la torre la campana
y la base insegura en que se asienta
de Toledo la joya más hermosa,
el gótico palacio
que la envidia causó de las naciones,
de tumba servirá, de inmensa fosa,
que guarde confundidos en montones
tu espléndida grandeza,
los lagartos, el musgo y la maleza.

II.

Mas, ¡no será! que Illanes, Rebolledo
y otros varones, con afan constante,
velan aún por la imperial Toledo;
ellos harán que el colosal gigante
hasta el cielo sus cúpulas levante;
ellos arrancarán de tu techumbre
la yerba y el escombro,
harán que el sol, al encender su lumbre,

se refleje en tus cúpulas doradas
y otra vez, las naciones apartadas
se postren ante ti llenas de asombro.

ILDEFONSO RUIZ TAPIADOR.

Recibidas del mismo inspirado autor dos improvisaciones sobre el mismo asunto, y en la imposibilidad de publicar las dos, hemos preferido la que antecede por la facilidad con que está escrita, á pesar de que la otra es una colección de preciosas quintillas.

* * *

UN DIA DE FELICIDAD... EN SUEÑOS.

I.

Es la hora en que la naturaleza empieza á despertar del letargo de la noche.

La estrella del navegante está pronta á desaparecer en el horizonte.

La sonrosada aurora, con sus inimitables matices, aparece en el Oriente como grata precursora del astro rey.

La diligente alondra abandona ya el nido, á cuyo abrigo ha pasado la noche, y remonta su vuelo para saludar la primavera, en las alturas del espacio, la llegada del día.

Escopeta al hombro y seguido de *Lijero*, mi inteligente perro de caza, atravieso unos rastrojos antes de llegar á unas viñas y olivares, en los que quiero encontrarme al lucir los primeros rayos del sol, para aprovechar momento tan oportuno de hacer algunos disparos, antes de penetrar en el vecino bosque.

El armonioso concierto formado por las múltiples y variadas notas que emiten los alados pobladores de los árboles y de las matas y la sonriente claridad que brilla en el espacio, manifiestan al fin que el rubicundo Apolo ha comenzado su cotidiana carrera por el horizonte que mi limitada vista alcanza.

Entusiasta admirador de espectáculo tan bello, tan grandioso cuanto poco apreciado, pierdo en su estática contemplación las mejores ocasiones de aprovechar la carga de mi escopeta.

La continua agitación de *Lijero* viene al cabo á sacarme de mi arrobamiento y me preparo á derribar la primera pieza que tenga la desgracia de ponerse á trecho.

Y no tarda en presentarse ocasión oportuna de acreditar mi fama de diestro tirador: una bandada de estorninos es la primera que va á sufrir los efectos de la pólvora y del plomo; fuego... solo tres de aquellos enemigos del cosechero de aceite he logrado recoger y figuran ya en mi bandolera, pero no debo quejarme de como empieza el día.

Desesperado de no poder alcanzar de nuevo á los astutos estorninos, hállome ya en el monte, y en este y en el bosque que lo puebla no ha de faltarme ocasión de matar algún conejo ó paloma torcaz... allá, en efecto, diviso algunas de estas... veamos si puedo darlas un susto al menos... una he derribado.

¡Hola, *Lijero*! Parece que tu buen olfallo ha descubierto algo que se parece á conejo... ¿en aquellos matorrales, eh? Pues hazlo salir, que yo te prometo el gusto de detenerlo en su carrera y de que me lo traigas entre tus dientes.

Y *Lijero*, guiado por su instinto y animado por mis caricias, pues no es de creer que haya entendido mis palabras, consigue hacer saltar á un magnífico gazapo, que sale huyendo como alma que lleva el diablo, pero al que alcanzan algunos perdigones y poco después el perro, antes de llegar á la madriguera.

Paréceme que es hora ya de tomar el desayuno, y á ello me convida este pequeño claro del bosque, tapizado por el verde césped que crece merced á la humedad que proporciona ese manso y trasparente arroyuelo, en cuyas límpidas y frescas aguas vengan tal vez á apagar su sed, como yo pienso hacerlo, algunas aves de las que anidan por estos árboles.

Terminado el refrigerio, con gran provecho de mi individuo y no escasa alegría de *Lijero*, dispóngome á abandonar tan deleitable sitio, cuando á él llega una enamorada pareja de tórtolas, cuya felicidad destruyo casi involuntariamente y guiado solo por mi egoísmo de cazador, al herir á una de ellas, que me cuesta algún trabajo el evitar que *Lijero* la lastime de nuevo al verla en tierra.

Examinada la tórtola con detención, veo con

cierta alegría que solo ha recibido algunos perdigones en un ala y que puede vivir todavía, mucho más confiándola á los cuidados de mi bella y dulce María.

Animado por estos propósitos de remediar en parte el daño que acabo de causar á tan inocente é inofensivo animal, emprendo la marcha de regreso á la alquería, en la que seré ya impácientemente esperado por la adorable compañera de mi vida.

II.

Ya nos vemos. Su rostro angelical aparece como vision celeste, entre las verdes enredaderas que, formando graciosos y poéticos pabellones, circundan la ventana, desde la cual espía mi vuelta.

La amorosa impaciencia obligaba á abandonar su agradable atalaya, y héla que se acerca.

—¡Cuánto te has hecho esperar!—me dice con incomparable acento, acompañando sus palabras de un gracioso mohín, con el que quiere manifestarme su desagrado, pero que es contradicho por la profunda y amorosa mirada que me dirige y que parece un dardo de fuego encaminado al corazón, según el calor con que hasta él penetra,

—Y yo lo siento infinito, pero ya sabes que si mi amor es todo para tí, una sola distracción puede apartarme algunos momentos de tu lado, y esta es la caza, distracción tan inocente para tu amor como saludable, y que te has complacido en aplaudir alguna vez,—la respondí, devolviéndola al propio tiempo aquella mirada de amor.

—Es cierto; pero temo que la distracción que tanto te entusiasma, llegue á sobreponerse al amor que aseguras profesarme.

—Imposible; ¿llegarías tú á menospreciar mi cariño por tu afición á la música y á las flores?

—Imposible también.

—Pues si ámbos contenemos nuestras aficiones en sus justos límites y nos juzgamos de la misma manera, nuestro amor será eterno, sin que de él nos cansemos jamás, ni puedan enfriarlo las tempestades de la vida ó el trascurso de los años.

—Siempre tienes razones con que contestar á mis femeniles y apasionados temores. Pero veamos, ¿cuántas víctimas inocentes has sacrificado hoy?

—No he desperdiciado el tiempo; mira, tres estorninos y un gazapo para recreo del paladar, y una tortolilla para que con ella ejerzas tus nobles y cariñosos sentimientos, curándola la herida que casi á mi pesar la he ocasionado y que espero será una dulce compañera á la que procurarás hacer olvidar su desgracia con tus cuidados.

—¡Una tórtola, y herida! ¡Pobrecilla! Mira, ya que hemos llegado á la alquería, voy á curarla inmediatamente, y para remediar cuanto antes parte del mal que la has causado, hoy no te ayudaré á despojarte de los arreos de caza.

—Como tú quieras; acepto con gusto la especie de castigo que me impones por el delito de haber hecho mal á un ave tan sensible é inofensiva, porque es un castigo ¿no es cierto?

—Sí en parte.

—Voy, pues, á cumplirlo, para recibir luego tu absolución.

.....

Curada la tortolilla y acomodada en lugar oportuno, pasamos María y yo el tiempo que falta para la hora de comer, departiendo amorosamente en fresca y retirada estancia, contándola paso por paso mi excursión matutinal, y revelándome ella los pensamientos que durante esta la han entretenido.

III.

Son las seis de la tarde. Pasadas las calurosas horas de la siesta, que tanto convidan al descanso, no tardará en salir de su gabinete mi adorable compañera, dispuesta á dar el paseo que la he prometido por el cercano mar. Veamos, al efecto, si está todo prevenido. Vicente, ¿has votado al río la góndola? ¿has colocado en su sitio el timón y los remos?

—Sí señor; todo está corriente. ¿He de acompañar á ustedes?

—No, hoy haré yo de remero; el mar está en calma y no pienso que nos internemos mucho.

—Como Vd. mande.

Hé aquí á mi María.

—Dí, Eduardo, ¿te agrado así?

—¿Y de qué modo no has de agradarme? Ya sabes que son el alma y el corazón míos los que fraternizan los que se funden en tu alma y en tu corazón, y cuando se ama de esta manera, las galas exteriores son muy poca cosa junto á los tesoros del sentimiento; pero la vista tiene sus colores predilectos, y yo te agradezco que hayas escogido para tu tocado los que lo son para la mía, el blanco y el azul.

—Que son también los míos favoritos.

—¿Embarquémonos?

—Cuando gustes.

.....
Ya estamos en el mar.

—Vé, María, qué cuadro tan bello, tan encantador, tan grandioso, se despliega á nuestros ojos. El sol, próximo á su ocaso, nos envía sus rayos de despedida desde las cumbres de los montes que pronto han de ocultarlo á nuestra vista, haciendo tomar los más variados y preciosos matices á las nubes que recorren el espacio; las aves de la cercana tierra van ya en busca de sus nidos, y la alondra, la primera en saludar al sol y la última en despedirlo, deja oír sus postreros trinos; en la ribera y frente á aquella agrupación de modestas y blanqueadas viviendas, los pobres pescadores que las habitan disponen sus redes y aparejan sus barcas para arrancar de las saladas ondas los peces de rojas escamas con cuyo producto en venta han de mantener sus familias; allá á lo lejos, donde la visión óptica nos hace creer que se confunden las aguas y las nubes, descúbrese el grandioso velamen de una fragata, que tal vez ondee con orgullo el glorioso pabellón que con tanta arrogancia pasaron por todos los mares Cristóbal Colón y el Cano, Hernán Cortés y Pacheco, Churruca, Gravina y Méndez Nuñez.

.....
—Pero noto cierto velo de tristeza y de melancolía estenderse por tu bello rostro, y no me esplico la causa, si no es que te ha impresionado fuertemente la hora, el lugar y el panorama que tan pálidamente he tratado de describir cuando tú misma lo contemplas con fruición.

—Cierto es que todo convida en estos momentos á dejarse dominar por una dulce melancolía, y á ello puede haber contribuido mucho el olvido en que me has dejado en medio de tu entusiasmo por el sol, las aves, los pescadores, el pabellón español y los marinos y guerreros ilustres que has citado.

—¿Y puedes haber creído que todos esos objetos admirables, bellos, patrióticos habían de hacer que te olvidase? ¿Pues á quien sino á tí me dirigía al enumerarlos? ¿Cómo sin tu presencia á mi lado, hubiera podido la imaginación fijarse en ellos? ¿No recuerdas ya lo abstraído que tu amor me tenía de continuo en tanto que de él no pude gozar por completo y á todas horas? Pero ya ha desaparecido de la vista todo aquello que te dió enojos y la blanca luna ha salido, cual Venus de las espumas del mar, y va remontándose por el espacio. Desecha, pues, la tristeza, no dudes jamás de mi amor, que es inmenso, como el fondo de mi corazón, y dame nuevas pruebas de la pasión que te inspiro y de la que no dudo, como no debes tú dudar de la que siento por tí. Cielo y tierra, aves y flores, astros y nubes, nada son ante el amor, alma de la creación. El poeta de nuestro siglo lo ha dicho.

Después de haber amado ¿que nos queda?

.....
Una nubecilla, blanca y pequeña al aparecer en el horizonte, pero que fué creciendo y oscureciéndose hasta cubrir la luna y gran parte del cielo, y un viento que comenzó á rizar las olas, haciendo bambolear á la góndola, cuyo timón y remos estaban abandonados, con peligro de naufragar en la tempestad que comenzaba... me hicieron despertar sobresaltado y notar con disgusto, con profundísimo disgusto, que todo lo que antecede había sido un sueño, solo un sueño, muy natural á la edad de 19 años.

FRANCISCO VIVES Y MORA.

* * *

NOTAS. Al entrar en prensa nuestro periódico se ha roto la figura que debía ir iluminada.

* * *

Están llamando la atención los relojes del

bazar de Ibo Esparza, que anunciamos en la pág. 15. Con ellos se llega á tiempo á todas partes, no se falta á una cita, y si algun ratero intenta robarlos, es tal el cariño que toman á su dueño, que enseguida empiezan á dar campanillazos para advertirle el peligro.

* * *

En atencion á los servicios prestados por el Vice-Director del Real Colegio del Escorial, D. Antonio Cervantes de la Rosa, S. M. el Rey ha nombrado al mismo su capellan de honor.

* * *

OBRAS RECIBIDAS EN ESTA REDACCION.

La tercera entrega del *Tratado de la impo-*

tencia y de la esterilidad que, traducida por el Sr. Santana y Villanueva de la original del Dr. Roubaud, viene publicando la acreditada casa del Sr. Bailly-Bailliere.

TEATROS.

CIRCO DEL PRÍNCIPE ALFONSO.—Continúan las representaciones de la magnífica obra de los Sres. Ramos Carrion y Caballero, titulada *Los sobrinos del capitán Grant*, cuyos sobrinos encuentran cada noche un tesoro fingido, pero hacen que los inspirados autores y el afortunado Arderius le encuentren verdadero al fin de la temporada.

MADRID: 1877

Imp. de la V.^a de García y C.^a, á cargo de A. Moreno, Conde de Barajas, 1.

ANUNCIOS DEL CASCABEL-PRECIOS CONVENCIONALES.

TENEMOS 1.500

Relojes, en más de doscientas clases, desde el precio de 100 á 5.000 reales; los vendemos garantizados por uno, dos y tres años. Sorprendentes novedades en JOYERÍA y PLATERÍA: precios fijos marcados al alcance de todas las fortunas.

Tambien tenemos un Taller donde se construyen toda clase de objetos concernientes al ramo de Platería, y se hacen composturas en RELOJERÍA y JOYERÍA.

EXPOSICION DEL BAZAR DE IBO ESPARZA.

33 MONTERA 33

ENTRADA LIBRE.

PLATA MENESES.

PRIMERA CASA EN ESPAÑA EN CUBIERTOS DE METAL BLANCO GARANTIZADO,
servicios de metal blanco para uso doméstico, fondas, cafés y vapores,

ORNAMENTOS Y VASOS SAGRADOS PARA IGLESIAS Y ORATORIOS, IMITACION PERFECTA Á LA PLATA DE LEY,
EXPORTACION Á PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

ESPECIALIDAD EN PLATEAR, DORAR Y OXIDAR.

L. MENESES É HIJO, PRÍNCIPE, 7, MADRID.

ESPECÍFICOS DEL DR. MORALES.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL.—Acreditado é infalible remedio árabe para curar los padecimientos de la cabeza, del estómago, del vientre, de los nervios, etc., etc.—12 y 20 rs. caja.

PANACEA ANTI-SIFILITICA, ANTI-VENEREA Y ANTI-HERPÉTICA.—Cura brebe y radicalmente la sífilis, el venéreo y las herpes en todas sus formas y períodos.—50 rs. botella.

INYECCION MORALES.—Cura infaliblemente en muy pocos dias, sin más medicamentos, las blenorreas, blenorragias y todo flujo blanco en ambos sexos.—20 rs. frasco de 250 gramos.

POLVOS DEPURATIVOS Y ATEMPERANTES.—Reemplazan ventajosamente á la zarzaparrilla ó cualquier otro refresco. Su empleo, aun en viaje, es sumamente fácil y cómodo.—8 rs. caja con 12 tomas.

PILDORAS TONICO GENITALES.—Muy celebradas para la debilidad de los órganos genitales, impotencia, espermatorrea y esterilidad. Su uso está exento de todo peligro.—30 rs. caja.

Los específicos citados se expenden en las principales farmacias y droguerías de cada nacion.

DEPÓSITO GENERAL:

Dr. MORALES, Espoz y Mina, 18, MADRID.

Nota. El Dr. MORALES garantiza el buen éxito de sus específicos, comprobado en infinitos casos de su larga práctica como médico-cirujano, especialista en sífilis, venéreo, esterilidad é impotencia.—Admite CONSULTAS POR ESCRITO, previo envío de 40 reales en letra ó sellos de franqueo.—ESPOZ Y MINA, 18, MADRID.

**MANUAL DE AGUAS,
expropiacion y colonias agrícolas.**

CUARTA EDICION

notablemente corregida y aumentada.

Comprende la exposicion de la doctrina y del derecho civil, foral y administrativo vigente en la materia; toda la legislacion de los tres ramos y la de obras públicas dictada hasta Julio último, con notas y comentarios para su mejor inteligencia, por D. Fermin Abella, Abogado y Director del periódico *El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados municipales.*

Precio: en Madrid, 12 rs.; en provincias, 14 rs.; en holandesa, 3 rs. más.

Los pedidos á la Administracion de dicho periódico. Torres, 13, bajo, Madrid.

**JARABE DE QUINA FERRUGINOSO
IODOBROMURADO.**

DEL LIC. DON JACINTO MORENO.

Este jarabe está sustituyendo con notabilísima ventaja al aceite de hígado de bacalao, especialmente en la clorosis, anemia, escrófulas, raquitismo, histerismo, etcétera.

Depósitos, Sres. Ulzurum y Angulo.

Se sirven pedidos hechos al autor en Almagro, provincia de Ciudad-Real.

**CUENTOS FANTASTICO-MORALES
POR**

MANUEL JORRETO PANIAGUA.

Está en prensa la 3.^a edicion, que contiene 12 cuentos, lujosamente impresos.

Precio 8 rs.

Se admiten pedidos en la Administracion de EL CASCABEL, Madrid, Mayor, 123.

LA EDUCACION.

Librería la más antigua en el ramo de primera enseñanza.

Completo surtido de libros y menaje para escuelas. Devocionarios de todos precios y encuadernaciones. Grandes descuentos en los pedidos por mayor. Pídase catálogo á D. Eugenio Sobrino. Vergara, 10, Madrid.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

CON LA

crónica de la guerra de oriente.

Director propietario, D. ABELARDO DE CARLOS.

Se suscribe á este acreditado periódico, primero en su clase en Europa y América, en la Administracion, calle de Carretas, 12, Madrid.

**LAS TIENDAS,
por Frontaura.**

Seis reales en Madrid y siete en provincias.

CUENTOS DE SALON.

Cuatro reales tomo en toda España. Suscripcion permanente á obras de lujo. Devocionarios, cromos, estampas.

Librería de Sanchiz, Matute, 2.

**COLECCION LEGISLATIVA
DE**

FERRO-CARRILES.

Esta interesante obra, que comprende hasta las últimas disposiciones, se vende en todas las librerías al precio de 8 rs., y á los suscritores de EL CASCABEL se les remitirá por 6.

**VIAJE ECONÓMICO Á LA EXPOSICION DE PARIS
DE 1878.**

SOCIEDAD DIEZ Y SEVERINI.

EL CASCABEL sigue admitiendo suscripciones á esta acreditada sociedad, que llevará, traerá y dará de comer quince dias á sus suscritores en París durante la exposicion.

Se envian prospectos á quien los pida.

**CHOCOLATES
DE**

MATIAS LOPEZ Y LOPEZ.

MADRID-ESCORIAL.

Se venden en los establecimientos más importantes de España, y, á fin de que no los confundan con otros, exigid la verdadera marca y nombre.